
RESEÑA

LAGE FERNÁNDEZ, JUAN JOSÉ. *Bibliotecas escolares, lectura y educación.* Barcelona: Ediciones Octaedro, 2013, 190 págs. ISBN: 978-84-9921-374-3.

Juan José Lage, Premio Nacional de Fomento de la Lectura 2007, acredita su condición de bibliotecario excepcional y de estimulador de la lectura infantil y juvenil por medio de un nuevo libro que viene a sumarse a otros anteriores como *Animar a leer desde la biblioteca* (2005) o *Diccionario histórico de autores de la literatura infantil y juvenil contemporánea* (2010). Esta nueva entrega participa de las características de estos últimos libros señalados, en tanto que brota también de la experiencia bibliotecaria y de formación de lectores. Es, pues, obra fundamentada en una labor a pie de obra que surge del buen conocimiento de un oficio al que su autor lleva entregándose con pasión y conocimiento durante más de tres décadas.

Estas dos notas, en efecto, acompañan a este nuevo libro como se echa de ver tras una rápida lectura del mismo. La materia considerada queda estructurada en tres capítulos relativos a la literatura infantil y juvenil, las bibliotecas escolares y la animación a la lectura. En un segundo bloque se integran otros tres capítulos-apéndice que refuerzan una tercera característica que presentan siempre las obras de este bibliotecario: la practicidad.

El capítulo primero quintaesencia las reflexiones que Lage Fernández ha ido vertiendo en otros lugares; ahora en breves apartados en los que plantea “cómo escribir un buen libro infantil” a través de recetas elementales que apelan a la sencillez, a la naturalidad, al sentido del humor, al misterio y al componente

“antisocial y desestabilizador”, pero por encima de todo se tratará de cultivar la ciencia más difícil de todas, “la del corazón humano” (p. 13), que busca denodadamente “el interior del niño que somos”. En otro apartado plantea un repaso por “los premios Nobel de Literatura” que han escrito para niños, entre los que se encuentran Vargas Llosa, Lagerloff, Tagore, Benavente, Pearl S. Buck, Miguel Ángel Asturias y otros muchos más, evidenciando la fuerte conexión existente entre la literatura infantil y juvenil y la literatura universal. En otro apartado Lage Fernández se manifiesta, en sintonía con Daniel Pennac, contra la “literatura adaptada” y propone seguir el camino del “contacto con las buenas obras y educar en el silencio, el orden y la disciplina” (p. 22). Hay lugar también para reflexionar sobre el porqué de la fuerte presencia de los animales en la literatura infantil. Encuentra para ello razones psicológicas de filiación freudiana, que tienen que ver con la aventura, la proyección de los animales como interlocutores humanos, el símbolo del animal como placer sin cortapisas o la fácil transposición a situaciones cotidianas de aprendizaje. A continuación el autor traza una “breve historia de la censura en la literatura infantil y juvenil”; y, en fin, en un último apartado, se presenta una sugerente semblanza de H. C. Andersen, con recordatorio de su *Viaje por España* y sus encuentros con el Duque de Rivas o con J. E. Hartzbusch.

El capítulo segundo, dedicado a las bibliotecas escolares, ejemplifica bien la

dimensión utilitaria que el autor ha querido plasmar en su libro. Parte del aserto del mal funcionamiento de la institución, imputable a “planteamientos de orden histórico, sociológico, pedagógico e incluso religioso” (p. 42). La escasa atención que tradicionalmente se ha dedicado a la literatura infantil y juvenil en España ha motivado que los fondos de las bibliotecas escolares hayan corrido igual suerte. Lo cierto es que estas son necesarias para atender el principio de igualdad de oportunidades, el del respeto de lo público y de lo compartido, además de aquel que tiene que ver con “el desarrollo del sentido crítico, de la autoestima y de la libertad responsable” (p. 43).

Para que las bibliotecas escolares funcionen propone Lage Fernández líneas de actuación basadas en la mentalización, promoción y compromiso. Y, por supuesto, más si cabe que cualquier otra institución, la biblioteca escolar debe someterse a una evaluación rigurosa cada dos o tres años, que atienda a todos los aspectos implicados: los recursos económicos, la animación, el préstamo, los horarios, la decoración, el mobiliario del local, las relaciones internas y las externas. La búsqueda de la excelencia bibliotecaria se resume en “el decálogo del buen bibliotecario”, basado en el principio de seleccionar, integrar, animar, orientar, proponer, organizar, escuchar, coordinar, gestionar e innovar (p. 52).

Para poder cumplir satisfactoriamente las funciones de la biblioteca escolar, el autor de este libro sugiere una batería de experiencias interdisciplinares de promoción, que han sido convenientemente testadas. Entre ellas, la denominada “Señores libros” (libros ilustrados o álbumes de gran tamaño para ser calificados por los

escolares); “El recital poético”, para determinadas conmemoraciones o fiestas señaladas; “Un cesto lleno de palabras”, paseado por las aulas entre la lectura fragmentaria de textos; “El álbum familiar conmemorativo”, como receptáculo de reportajes sobre autores y personajes históricos; “Listas de recomendados” (a la manera de los libros de visitas, se pide a los alumnos impresiones libres sobre un libro); “Jornadas de radio y literatura”; o la actividad conocida como “Otra vuelta de tuerca”, con la que se pretende que los alumnos intenten adivinar los argumentos escondidos tras determinados títulos de obras. El capítulo se remata con la inserción de la propuesta de encuestas, una individual y externa, en la que se valoran todos los aspectos de gestión; y otra evaluación general e interna.

El tercer capítulo recoge doctrina sobre “animación a la lectura”, partiendo de “doce mandamientos” surgidos a partir de opiniones de autores como Horacio, Dickens, Astrid Lindgren, Carlos Murciano o Geneviève Patte. Se aportan asimismo actividades de animación estructuradas por tipologías (de descubrimiento, de animación, de placer, de gestión, de utilización o de producción de documentos). El componente de utilitarismo se proyecta una vez más en este capítulo, presentado como decálogo de principios que fundamentan la animación a la lectura. Se desmenuzan, entre otras, las bases pedagógicas del “libro forum” o las de los encuentros con autores. Lage Fernández concluye este apartado mediante la inclusión de una síntesis sobre las claves que esconden los cuentos de hadas, en la línea de un ensayo reciente sobre este mismo asunto, firmado por la escritora

Blanca Álvarez (*La verdadera historia de los cuentos populares. El Pulgarcito para el siglo XXI*, 2011), y por medio de la glosa de rótulos que resumen cada uno de los rasgos conformadores de esta matriz literaria. Muy interesante resulta la última consideración a propósito de lo que el autor conceptúa como “mitos de la lectura juvenil”, desmontados al amparo de citas de autoridad como las de Luis García Montero cuando afirma que la literatura es únicamente “el arte de conseguir que el tiempo se quede a vivir con nosotros”, o de C. S. Lewis, cuando sostiene que lo único para lo que sirve la literatura es “para convertirte en mil personas diferentes sin dejar de ser tú mismo” (p. 134).

Por lo que respecta al segundo bloque del libro, un primer apéndice contiene reflexiones enjundiosas o citas de autoridad, alguna de las cuales ya han funcionado como soporte argumental en los capítulos anteriores. Se refieren por ello a literatura infantil y juvenil, bibliotecas, animación a la lectura; pero también a didáctica de la lectura, narración oral, libros de ficción fantástica, la ilustración, la escritura, las nuevas tecnologías o al papel desempeñado por los mediadores. El apéndice segundo presenta una selección de los que el autor considera mejores álbumes ilustrados que nunca

deberían faltar en una biblioteca escolar. Cierra el bloque, en apéndice tercero, la bibliografía básica reciente, convenientemente actualizada, dividida por apartados temáticos que responden a los enunciados de: bibliotecas, lectura, talleres, animación, literatura infantil y juvenil, bibliografías, narración oral y autobiografías. Del repaso de la misma se colige el gran impulso de la crítica del siglo XXI, caracterizada además por la diversidad de enfoques y de niveles de tratamiento.

A partir del reconocimiento de la dificultad de consolidación de la biblioteca escolar, Lage Fernández aporta buenos argumentos que dejan ver la conveniencia de convertir esta institución en un lugar esencial. Para su gestión se reclama la puesta en funcionamiento de actividades motivadoras, sin olvidar que no hay que caer en las terapias de la facilidad. Del conjunto orgánico de las reflexiones que conforman este libro se desprende, en suma, la idea de que merece la pena aunar esfuerzos por parte de los agentes educativos para hacer de la biblioteca escolar una parte fundamental del sistema académico.

Fermín Ezpeleta Aguilar
Universidad de Zaragoza